

[RESEÑA]

Parra, E., Meza, S. y G. Guajardo

Semiótica en Chile. Cartografía 1990-2015.

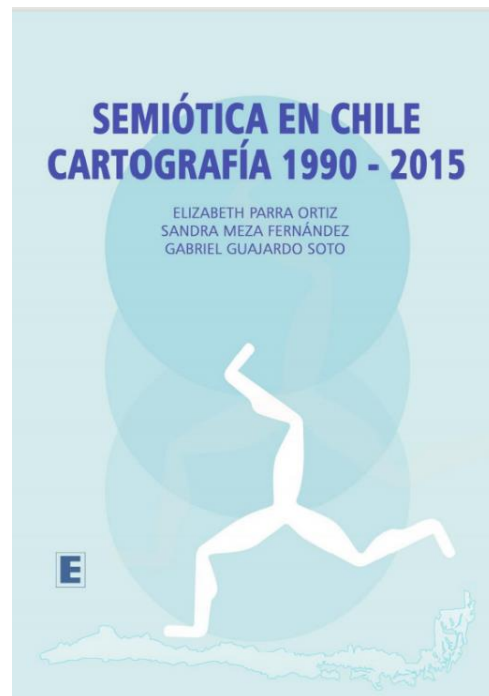
Ediciones Escaparate, 2021

Rubén Dittus

Universidad Central de Chile

Editor *Revista Chilena de Semiótica*

Email de contacto: ruben.dittus@ucentral.cl



Como se declara en su presentación, el tema central de este libro es *la semiótica en Chile*. Una de las constataciones iniciales es la insuficiencia de los estudios semióticos chilenos. Esta carga identitaria tendría al menos dos orígenes: (i) la variedad de disciplinas a la que pertenecen los académicos que se reconocen como parte de la comunidad semiótica chilena, y (ii) la ausencia de sistematización de las distintas expresiones de su quehacer.

Para explicar lo anterior, las autoras y el autor estructuran el informe de su estudio en cuatro dimensiones vinculadas entre sí. Se inicia con una primera parte titulada “Territorios semióticos”, que aborda la producción

semiótica de diferentes áreas disciplinarias entre los años 1990 y 2015. La segunda parte, “Voces para una genealogía”, da cuenta de las entrevistas cualitativas realizadas a investigadores e investigadoras, miembros fundadores y a miembros de las sucesivas directivas de la asociación. La tercera parte, “La semiótica entre bosques de signos: del giro lingüístico al giro semiótico”, presenta las condiciones teóricas, epistémicas, metodológicas y de las prácticas institucionales que han posibilitado la aparición y el desarrollo de la disciplina en Chile, considerando los territorios y los actores. Finalmente, en el capítulo “Escenarios futuros: a modo de conclusión” el libro plantea la urgencia de instalar nuevos relatos que permitan visualizar otras historias para pensar sobre y desde la semiótica.

La hipótesis declarada es que la semiótica aparece como un campo intelectual en pleno desarrollo. La pregunta en cuestión es si su estado permite hablar de una cientificidad semiológica en Chile. Para analizar dicha cuestión el libro considera cuatro aspectos asociados entre sí: la institucionalidad (su reconocimiento legal, los congresos científicos, su estatus universitario, etc.); su estructura y organización disciplinar (objetos de estudio, nomenclaturas, métodos aplicados); su identidad y relaciones con otras disciplinas (con la filosofía, con la lingüística, con los estudios culturales, etc.); y su reconocimiento externo por la comunidad científica.

En ese cruce de variables, el estudio define a la semiótica chilena como una disciplina con un alto valor teórico en el que se privilegia el trabajo transdisciplinario, que mantiene una actitud crítica frente a la construcción de conocimiento, pero con accidentados intentos en la formalización de una metodología. Ello se debe -dicen las autoras y el autor- a que “aún no se ha logrado avanzar en fortalecer un conjunto de problemas, de manera permanente y sistemática, que se reconozcan como su horizonte y donde sus seguidores se dediquen a estudiar orientaciones o pensar en nuevas directrices a partir de esos problemas” (p.62).

Para robustecer esa declaración epistemológica, el libro revisa la producción de la semiótica en Chile a través de la relación que el territorio geográfico tiene con las y los investigadores; formula una sinopsis de las temáticas abordadas en los congresos que se han llevado a cabo desde el año 1996 en adelante (las disciplinas desde las que se proponen, los invitados extranjeros y sus instituciones de origen); identifica los proyectos de investigación en semiótica (dónde son difundidos, sus fuentes de financiamiento y su distribución por disciplina); muestra en dos etapas una cartografía de revistas en la disciplina, además de una descripción de los libros publicados; y describe detalladamente dónde se enseña semiótica, haciendo visible la tensión entre docencia e investigación existente en los centros de formación universitaria.

En todo ese aparataje de exigencias de tipo disciplinar, el estudio ordena los hitos del desarrollo de la semiótica en Chile, actuando como un recordatorio de que se trata de una actividad que cobra un lugar en la academia, pero mucho antes de su reconocimiento institucional. En ese sentido, se agradece el espacio otorgado a aspectos olvidados en la joven historia de la semiótica chilena, como la controversia entre el semiólogo argentino Eliseo Verón y el sociólogo belga radicado en Chile, Armand

Mattelart, a través de las revistas *Lenguajes* (dirigida por Verón) y *Comunicación y Cultura* (dirigida por Héctor Schmucler) a propósito del clásico análisis ideológico de las historietas Disney -*Para leer al Pato Donald* (1972)-, y donde se acusa a la obra de Mattelart y Ariel Dorfman de “falta de método”. Como se indica en el libro que estamos reseñando, “Mattelart nunca respondió a las críticas, pues él tenía clara su posición como intelectual con una responsabilidad que lo obligaba a estar en una continua reflexión sobre el acontecer político de la realidad social y no como investigador científico enclaustrado en una disciplina” (p.68). La polémica no hace sino confirmar la influencia ejercida en torno a las figuras de Mattelart en Chile y Verón en Argentina en los años setenta.

El hecho no ayudó a consolidar a la disciplina (más bien reflejó una lucha de egos, muy abundante en las lides intelectuales), aunque tampoco lo hubiese hecho debido al golpe de Estado del año 1973, evento en el que varios investigadores son obligados a partir por las limitaciones que impondría la naciente dictadura militar. Es en democracia donde la semiótica adquiere su pleno estatus como campo autónomo. Fechas emblemáticas son, por ejemplo, la creación de la Corporación Cultural Chilena de Semiótica, con personalidad Jurídica otorgada por el Ministerio de Justicia, con residencia en Santiago y bajo la presidencia del sociólogo Rafael del Villar; la fundación el año 2013 de la Asociación Chilena de Semiótica avalada por la orgánica de la corporación cultural creada con anterioridad, pero esta vez, refundándose como una Asociación Gremial dependiente del Ministerio de Economía de la Región del Biobío, bajo la presidencia de la Dra. Elizabeth Parra (autora principal de este libro); o el impulso que significó para la visibilidad del campo la *Revista Chilena de Semiótica*, primera publicación digital de semiótica en español, creada en 1996, y que se ha mantenido vigente hasta hoy con quince números a los que se puede acceder gratuitamente desde la web, “con bastantes elogios y demandas de publicación a nivel nacional e internacional” (p.116).

El libro describe en didácticas tablas y gráficos los nueve congresos efectuados entre los años 1996 y 2015 -período que abarca esta investigación cartográfica- (Santiago, Viña del Mar, Temuco, Concepción, Chillán y Valdivia), y menciona a pie de página los dos realizados con posterioridad: en la Universidad de Playa Ancha (2017, Valparaíso) y Universidad de Chile (2019, Santiago). En los congresos realizados participaron 43 instituciones chilenas, entre universidades, institutos y museos, así como también organizaciones públicas y privadas, como el Ministerio de Educación (MINEDUC) y empresas, entre otros organismos. De acuerdo con lo revisado, la elección del título de los congresos responde, principalmente, a “las inquietudes intelectuales y al área de desempeño de los académicos organizadores y no necesariamente a líneas de investigación que la asociación se hubiese propuesto a modo de tradición intelectual o formación de escuelas semióticas” (p.76). El estudio indica que esto se debe, por una parte, a la diversidad disciplinaria de los académicos participantes (literatura, estética, discurso, comunicación, teatro, pedagogía, etc.) y, por otra, a la escasa tradición chilena de escuelas de estudio de la disciplina. Este rasgo de la semiótica chilena es definido por las autoras y el autor como “un vasto territorio con múltiples entradas” (p.86 y siguientes).

Según el libro, esos territorios semióticos en Chile son tan diversos como las disciplinas que cultivan los propios académicos. Pero es gracias a la docencia universitaria impartida desde donde se han ido configurando dichos intereses y/o líneas de investigación, respondiendo algunas veces a las realidades locales o institucionales (es común encontrar imposiciones de las unidades académicas o prioridades sociopolíticas) más que a las inquietudes personales. En ese amplio abanico de líneas y tendencias disciplinares se constatada la preeminencia de la enseñanza de la semiótica por sobre la tradición lingüística europea, de influencia especialmente saussureana y de las corrientes estructuralistas francesas como son las de Barthes y Greimas, así como de Eco y Fabbri y más tarde, a través de la vertiente norteamericana, iniciada por Peirce.

La cartografía presentada no hubiese sido posible sin la participación de treinta y un entrevistados/as, de los cuales se observan tres paradigmas que se siguen, confirmando lo observado en las temáticas de los congresos y en las publicaciones analizadas: la corriente estructuralista que proviene de Saussure, el paradigma del pragmaticismo de Peirce y la vertiente de la semiótica cultural de Lotman. Estas líneas confirman los resultados obtenidos tras la revisión de 62 proyectos de investigación asociados a semiótica, entre los cuales 44 corresponden a proyectos FONDECYT, con un 71% del total y 18 otros proyectos, con 29% del total. Uno de los cuestionamientos existentes respecto a los estudios realizados tiene relación con el enfoque semiótico utilizado, ya sea como disciplina aplicada o como un ejercicio descriptivo, ubicando a la semiótica más “como herramienta metodológica que a una teorización claramente definida” (p.106).

Es interesante observar cómo el libro reconoce que, tras la revisión de las revistas y los libros vinculados al campo, la mayoría de éstos no tienen títulos explícitos que nos ilustren sobre su pertenencia a la semiótica, pero su orientación y contenido dan cuenta de su compromiso con el ideario semiótico de un análisis crítico y reflexivo de la realidad social y de la contingencia político-cultural. Es el caso de publicaciones periódicas que marcan una primera etapa del quehacer semiótico, como *Aisthesis* (1966 a la fecha), *Cormorán* (1969-1970), *Nueva Atenea* (1970), *La quinta rueda* (1972-1973), *Cuadernos de la Realidad Nacional* (1969-1973), *Araucaria de Chile* (1978-1989), *Revista de Crítica Cultural* (1990-2008), *Apuntes de Teatro* (1960 a la fecha), *La Bicicleta* (1978- 1990). Tratándose de libros con objetos de estudio semiótico acotados, la cartografía es justa en reconocer el mérito de obras tales como *La historieta en Chile en la última década* (Manuel Jofré, 1983), *El discurso público de Pinochet: un análisis semiológico* (Giselle Munizaga, 1980), o *Semiología Arquitectónica* (obra escrita por Luis Vaisman en 1973, pero publicada en 2017). En etapas posteriores los investigadores del campo publican en revistas indexadas como *Alpha*, *Onomezein*, *Comunicación y Medios*, *Perspectivas de la Comunicación*, *Logos*, *Cinta de Moebio*, *Signos*, *Atenea*, *180 Arquitectura, diseño y arte*; por mencionar las más demandadas.

A pesar de esta productividad, muchos académicos consultados por el estudio no se definen como semióticos, sino que reconocen que han realizado investigaciones o aproximaciones en algún momento de su carrera dentro del circuito de la investigación semiótica.

La enseñanza de la semiótica es otro de los nudos problematizados en el libro. Los autores se preguntan ¿Qué tendencias teóricas se privilegian en la enseñanza de ella? ¿Es reconocida como disciplina independiente y autónoma o depende de otras para desarrollar sus conceptos y operaciones en las aulas? ¿Es vista como un método de análisis de la realidad social? El desarrollo de dichas interrogantes es puesto en perspectiva, debido principalmente a que en Chile los sistemas educativos están atravesados por lógicas económicas, que a lo más generan confusiones entre los objetivos y las prácticas a lograr. Este tema ha sido parte del debate político en el último tiempo, y germen del cambio de lo que abordará la nueva Constitución Política que está en proceso. Como se indica en el libro, debido a lo anterior, la semiótica, por tener un carácter teórico, no ha sido incorporada en los planes de estudio, porque se aborda en un contexto donde se favorece el conocimiento práctico y porque está incorporada en carreras de carácter más bien profesionalizante, a modo de metodología de análisis de fenómenos periodísticos y/o publicitarios.

El recorrido universitario, sin embargo, no se queda ahí. El estudio analizó ochocientos treinta y cuatro programas de estudio, correspondientes a sesenta y una universidades, treinta y ocho de los cuales incluyen a la semiótica en sus unidades de enseñanza. Esos datos se recogieron en los sitios web de las universidades del país, desde donde se obtuvieron las respectivas mallas curriculares, junto a consultas a las autoridades responsables de las asignaturas en las diversas casas de estudio. Se concluye que la semiótica se enseña de manera prioritaria en el pregrado en carreras del área de Educación, así como en carreras de Diseño con menciones y en menor grado en Periodismo y Publicidad.

El libro no solo se queda en un recorrido historiográfico de la semiótica chilena a partir de sus hitos, escuelas, tradiciones, corrientes o actores, sino que logra recomponer las piezas de un puzzle de difícil armado epistemológico. El presente estudio cartográfico logra bajar desde la superficie hasta las profundidades de la reflexión disciplinar, teniendo como cable a tierra las influencias de una ciencia que ha sido especialmente dura con la construcción de su propia identidad. Hago más las palabras de las autoras y el autor, cuando señalan que “la semiótica encierra en sí una naturaleza oximorística - es y no es al mismo tiempo; está en distintos territorios, tanto como no está en ninguno -, puede generalizar a nivel teórico, así como atender asuntos de la empiria de manera particular. En ella confluyen distintas disciplinas, desde las más concretas hasta las más abstractas” (p.243).

Semiótica en Chile. Cartografía 1990-2015 no solo es una obra necesaria sino justa. Es justa con los que están y con los que han partido. Es el meritorio reconocimiento a pioneros como *Jorge Harris Jorquera* (1940-2016), *Andrés Gallardo Ballacey* (1941-2016), *Manuel Jofré Berríos* (1947-2019) y *Eduardo Meissner Grebe* (1932-2019). Refleja el ambivalente recorrido en el que la preocupación por la construcción del sentido se ha hecho visible en textos, aulas y conferencias de nuestro país. Es el legítimo camino por el que ha transitado una disciplina joven como esta, y con la cual muchos nos hemos sentido agradecidos de habernos, simplemente, dejado abrazar.